

Notas sobre los indicadores de desarrollo humano y de suicidio: la lucha por las clasificaciones

Alejandro Espinosa Yáñez*

— Convirtiendo a la memoria crítica en un dispositivo frente al olvido de que la ciencia “constituye un modo de conocimiento que no existe desde siempre y que es aceptado como válido dentro de los ámbitos sociales que la han producido y aceptan su validez” (Follari), en estas páginas esto se constituirá como interrogante frecuente. Detrás de cada dato, incrustado en los indicadores de desarrollo humano y de suicidio en su proceso de producción y exposición, hay intencionalidades y sentidos no necesariamente claros incluso para sus autores. Hacer un recorrido por este proceso sin la ingenuidad de que se trata de conocimiento neutro que expresa objetividad más allá de la hegemonía o la disputa por nominar las cosas, es el propósito central que anima este trabajo.

Hace unos días, casi por accidente, tropecé con una nota publicada en *El Universal*, en la que se apuntaba: “Ocupa México el lugar 51 en el mapa de la felicidad”. Una sensación extraña y contradictoria produjo su lectura: de entrada, a tono con parte de la historia que se vive en México, no generó felicidad leer la nota, sí, por el contrario, un profundo escepticismo. En ese viernes 28 de julio del 2006, continuando con la lectura, se anunciaba que se trataba del “primer mapa mundial de la ‘felicidad’”, en el que se tomaron en cuenta para su elaboración los indicadores de la esperanza de vida, del bienestar económico (con-

cretamente el Producto Interno Bruto –PIB) y del acceso a la educación (índice de escolaridad). Los países del norte de Europa encabezan los primeros lugares, en tanto los países denominados del tercer mundo –esos en los que insiste Benedetti al enfatizar de que “el sur también existe”–, en general, iban a la zaga. Una nueva geografía está emergiendo¹.

El titular de la investigación, el psicólogo social Adrian White, de la Universidad de Leicester, reconocía que a pesar de tratarse de “un área muy subjetiva, el análisis es muy confiable”, cito de acuerdo a la fuente periodística. México se encuentra por debajo de

Venezuela, Colombia, y Guatemala, pero por encima de Argentina (56), Brasil (muy por debajo) y Chile. ¿Pero realmente está información a alguien le dice algo, más allá del color periodístico? ¿Explica la realidad, contribuye en su entendimiento? No es algo banal lo que se está planteando, pues en los medios de difusión e incluso en la academia, se presenta sistemáticamente información que se da por verdadera (la fiebre de las encuestas y la “metodolatría” (Bunge, *dixit*, como expresiones de los tiempos modernos). El relieve de ciertos países y la confesión ideológica del autor revelan los alcances e intenciones de la felicidad en la geografía mundial: “Hay una creencia de que el capitalismo causa gente infeliz. No obstante, cuando a la

* Profesor, UAM-Xochimilco y Maestría en Ciencias de la Educación, Extramuros, Universidad del Valle de México (San Ángel).

¹ Se trata de una forma peculiar de pensar la geografía sin aludir a las poblaciones, sus diferencias y sus condiciones concretas.

gente se le preguntó si era feliz, había más probabilidad de que personas de países con buena sanidad, alto Producto Interno Bruto per cápita y acceso a la educación manifestaron ser felices”, explicó el experto en psicología social. Ignoró tajantemente nuestro autor, en su discurso logocéntrico, que se debe hablar de capitalismo, con sus desniveles y combinaciones. Empero, la nota periodística hacía referencia al Índice de Desarrollo Humano (IDH), es decir que no se trata de una aventura intelectual aislada, sino de un esfuerzo de gobiernos para establecer parámetros de comparación internacional.

En todo caso, valga esta pequeña introducción como pretexto para acercarnos a dos problemas sociales que han sido encarados con sendas metodologías que deben ser sometidas al escrutinio analítico: el desarrollo humano y social —en la frivolidad de lo que se apuntaba como “felicidad”— y un problema social estrechamente relacionado con el sufrimiento, a saber, el suicidio. Una premisa general guía nuestra reflexión: la construcción de indicadores no es un acto inocente, puro, aislado de las condiciones sociales; detrás de los indicadores, en ellos mismos, están presentes enfoques teóricos que fue-

cial², entre otros, también han dirigido su atención a esta metodología. En su formulación se destacan tres aspectos: la esperanza de vida, con salud —en un nivel más concreto, los referentes se apoyan en la mortalidad infantil; el acceso al conocimiento (alfabetización y asistencia escolar); el acceso a recursos suficientes para una vida digna. En los tres casos se pone el énfasis en las capacidades.

En lo que hace al primer aspecto citado, se rompe parcialmente con la visión estrecha de que la salud se debe como factor principal al acompañamiento médico. Como bien lo plantea Menéndez³, el acceso al agua potable, el manejo adecuado de las excretas, el uso del jabón y el tránsito de la lana al algodón, significaron cambios fundamentales en la salud⁴. En el siguiente cuadro se aprecia en una franja de tiempo de un poco más de veinte años cambios demográficos importantes en relación al tema que nos ocupa.

Para el año 2005, la esperanza de vida se sitúa en 75.4 años, ubicándose las mujeres por encima, con 77.9 años, frente a los hombres, con 73 años. En un horizonte temporal aún más largo al expuesto, de 1970 a 2005 se calcula que se incrementó el indicador en 14.5 años.

Cuadro I

Año	Tasa Bruta de Natalidad (por 1000 hab.)	Esperanza de vida (años)	Tasa Global de Fecundidad (por 1000 hab.)	Tasa de mortandad general (por 1000 hab.)	Tasa de mortandad infantil (por 1000 nacidos vivos)
1980	34.9	66.2	4.4	6.5	39.9
1985	34.1	ND	ND	5.5	26.1
1990	27.8	70.8	3.4	5.	23.9
1995	25.1	73.6	2.8	4.7	17.5
1996	24.4	74	2.7	4.7	16.9
1997	23.7	74.3	2.7	4.6	16.4
1998	23	74.7	2.6	4.6	15.8
1999	22.3	75	2.5	4.5	14.5
2000	21.1	74	2.4	4.4	13.8
2001	20.5	74.3	2.3	4.4e	13
2002	19.9	74.7	2.3	4.5e	13.5
2003	19.3	74.9	2.2	4.5e	12.6

Fuente: INEGI, *Estadísticas sociales y Estadísticas vitales*, varios años.

ron edificados con intenciones concretas, que llevan a otro campo de análisis: la forma en que se produce conocimiento y la contribución en la construcción de una mirada analítica producto de las convenciones sociales dominantes.

El IDH. La posición de los vencidos

En el último tiempo el Índice de Desarrollo Humano ha sido muy atendido. Los estudiosos sociales, entre ellos los sociólogos, los economistas o los vinculados al Trabajo So-

Aun con la distancia que planteamos frente a la salud como un asunto médico —producto de la mirada médica a

² Valga como botón de muestra el número 6, de la revista *Trabajo Social*, ENTS-UNAM, abril 2003, dedicado exclusivamente al Desarrollo Humano.

³ Menéndez, Eduardo, “El Modelo Médico y la salud de los trabajadores” en Franco Basaglia et. al., *La salud de los trabajadores: aporte a una política de la salud*, Nueva imagen, México, 1988.

⁴ En una perspectiva de salud pública, esto se asocia con lo enunciado por López Acuña, de que hay “servicios de salud no personales, consistentes en acciones de alcance colectivo destinadas a mejorar las condiciones generales de salud y de vida”.

que se refiere M. Foucault, como discurso dominante de la alopatía sobre el resto del saber médico, la enfermedad y el cuerpo—, en la visión formal del acceso a la atención institucional en materia de salud, una parte significativa de la población no tiene acceso a aquélla, no es derechohabiente. En lo que hace a datos del 2000, considerando solamente a los derechohabientes y a los no derechohabientes—sin considerar a los que no sabían—, los primeros llegan a 39120682, que se plasma en un 41.32%, en tanto los no derechohabientes ascienden a 55555788, que en porcentajes llega al 68.68%. Para el año 2005 la situación se ha modificado pálidamente: los derechohabientes llegan a 48452418 (48.52%), mientras que los no derechohabientes alcanzan a 51402597 personas (51.48%). Por un lado, implica que una parte significativa de la población no tiene acceso a la salud; una segunda lectura ineludible es la relación entre derechohabiencia y empleo formal, que implica débil incorporación de la población al empleo formal (con sus secuelas en inseguridad, maltrato laboral, falta de planeación, entre otras). El desarrollo humano en esta franja poblacional presenta francas limitaciones, por lo que al contribuir en la construcción de un indicador con ese grado de abstracción, permite ver un bosque en el que los árboles presentan problemas no detectados por el instrumento.

Pero hasta aquí hemos hablado de “salud” en la estrechez que da el vínculo salud-enfermedad. En la propia metodología del IDH se señalan sus alcances y límites. De manera arbitraria, emulando las formulaciones metodológicas de Weber, el IDH se constituye en un modelo, en un “tipo ideal”. No podemos hablar de salud si se aparta de un conjunto de bienes que tienen un impacto en la salud, en la calidad de vida. En el siguiente cuadro lo que destaca es el crecimiento en el acceso al agua entubada. Sin embargo, a pesar de que se diluyen las disparidades, aun así se aprecian. Si bien disminuyó el número de viviendas en absolutos y relativos que no disponen de agua entubada, todavía

en el año 2000 un 10.2% de las viviendas no disponían de agua entubada. La “felicidad” de abrir la llave y utilizar el agua para la preparación de alimentos, para lavarse los dientes o desechar excretas no es un bien de alcance general.

Es pertinente anotar que si el problema descrito se atiende no por el número de viviendas sino por el número de ocupantes de las viviendas, nos encontramos con un dato muy significativo. Revisemos primeramente el siguiente cuadro.

Cuadro 3
Ocupantes según disponibilidad de agua entubada para el año 2000

	Ocupantes en viviendas ¹	Disponen de agua entubada	No disponen de agua entubada ²
Nacional %	95 373 479	83 768 802 87.8	10 592 002 11.1

Nota: De presentarse una diferencia al sumar totales de disponibilidad de no disponibilidad, ésta equivale al no especificado.

¹ No incluye ocupantes que residen en refugios ni un estimado de 1 730 016 habitantes que residen en viviendas sin información de ocupantes.

² Incluye a los que reciben agua a través de pozo, río, lago, arroyo u otro. Fuente: INEGI, *Estados Unidos Mexicanos, XII Censo General de Población y Vivienda 2000, Tabulados básicos*, Tomo III, México, 2001.

El porcentaje de ocupantes es mayor al porcentaje de viviendas, lo que indica que en las viviendas que no disponen de agua entubada habita proporcionalmente más gente o dicho de otra forma, una expresión de la pobreza se aprecia en mayor densidad demográfica por familia y mayor hacinamiento por vivienda. Ahora, tan importante como el acceso al agua potable es la disponibilidad de drenaje.

Si se ensambla un conjunto de servicios nos permite hacer una lectura de la sociedad realmente existente, no a partir de un indicador que desdibuja las diferencias, ocultando las disparidades, pues aún con su nivel general, permite reconocer la diferenciación social.

Cuadro 2
Viviendas según disponibilidad de agua entubada, 1990, 1995 y 2000

Entidad	Viviendas particulares habitadas ¹	Disponen de agua entubada	%	No disponen de agua entubada	%	No especificado	%
1990 Nacional	16 035 233	12 729 987	79.39	3 173 348	19.79	131 898	0.82
1995 Nacional	19 361 472	16 576 470	85.62	2 764 553	14.28	20 449	0.11
2000 Nacional	21 513 235	19 095 456	88.76	2 201 383	10.23	216 396	1.01

¹ No incluye los refugios ni 136 341 (1990), 28 634 (1995) y 425 724 (2000) viviendas sin información de ocupantes.

² Incluye a las que reciben agua a través de pozo, río, lago, arroyo u otro.

Fuente: INEGI, *Estados Unidos Mexicanos, XI Censo General de Población y Vivienda 1990, Resumen General*, México, 1992; INEGI, *Estados Unidos Mexicanos, Censo de Población y Vivienda 1995, Resultados definitivos. Tabulados básicos*, México, 1996; INEGI, *Estados Unidos Mexicanos, XII Censo General de Población y Vivienda 2000, Tabulados básicos*, Tomo III, México, 2001.

Cuadro 4
Viviendas según disponibilidad y tipo de drenaje para el año 2000

Viviendas	Disponibilidad de drenaje		Disponen de drenaje					
	Conectado a la red pública	Total	Conectado a fosa séptica	Con desagüe a barranca y/o grieta	Con desagüe a río, lago y mar	No disponen de drenaje	No especificado	
Nacional	21 513 235	16 800 934 78%	13 666 180	2 460 620	401 393	272 741	4 592 550 21.3%	119 751

¹ No incluye refugios ni 425 724 viviendas sin información de ocupantes.

Fuente: INEGI, *Estados Unidos Mexicanos, XII Censo General de Población y Vivienda 2000, Tabulados básicos*, Tomo III, México, 2001.

Cuadro 5
Viviendas según disponibilidad de servicios para el año 2000

	Viviendas particulares habitadas ¹	Disponibilidad de servicios			
		Agua entubada	Drenaje	Sanitario exclusivo	Energía eléctrica
Nacional	21 513 235	19 095 456	16 800 934	18 474 969	20 445 525
%		88.76	78.10	85.88	95.04

¹ No incluye refugios ni 425 724 viviendas sin información de ocupantes.

Fuente: INEGI, *Estados Unidos Mexicanos, XII Censo General de Población y Vivienda 2000, Tabulados básicos*, Tomo III, México, 2001.

Los que no cuentan con los servicios básicos, apoyándonos en múltiples evidencias empíricas lo afirmamos, son los mismos que padecen la “depreciación individual de los ingresos”⁵. De acuerdo a datos del año 2000, y considerando a la población que recibe desde menos de un salario mínimo mensual hasta la población ocupada que recibe más de 5 salarios mínimos mensuales de ingreso por trabajo, a la alta concentración de población ocupada con bajos ingresos corresponde un consumo limitado, sobre todo en lo que se refiere a consumo cultural, lo que no implica asumir el argumento de que la cultura no debe ser considerada como parte de lo básico, de la conformación de una canasta que debería considerarla. Este nivel de detalle puede permitir una lectura comprensiva de las poblaciones y sus necesidades, siempre bajo la premisa de tomar distancia del “prejuicio veterinario de que lo que los pobres más necesitan es comida... donde

también va implícita la idea de que gastar en artículos de lujo es una conducta ligeramente inmoral, lo cual no deja de ser un concepto tentador pero falso en definitiva”⁶.

Pero esta lectura del salario como un asunto económico (al menos es la postura dominante en el INEGI, Conapo y la Secretaría del Trabajo y Previsión Social), a pesar de que proporciona más elementos para comprender la realidad –bastante más que el PIB– deja de lado un aspecto central: el salario es un problema económico como también es una relación social, de poder, entre capital y trabajo⁷. Si se aprecia solamente como categoría económica se objetiviza, poniendo un velo en la indagación de las condiciones sociales del trabajo, de lo que pueden hacer las poblaciones para encarar sus problemas, del relieve no sólo de la cohesión social sino también del conflicto en las relaciones sociales.

Cuadro 6

Población ocupada que recibe menos de un salario mínimo mensual de ingreso por trabajo	Población ocupada que recibe 1 y hasta 2 salarios mínimos mensuales de ingreso por trabajo	Población ocupada con más de 2 y hasta 5 salarios mínimos mensuales de ingreso por trabajo	Población ocupada que recibe más de 5 salarios mínimos mensuales de ingreso por trabajo
42499	327650	450267	177444
4.26	32.84	45.12	17.78

⁵ Este problema está asociado a la importante incorporación de la mujer en el mercado de trabajo. Sin ánimos de generar una lectura conservadora, no se trata solamente de “jalones modernizadores”, sino también de necesidades concretas que se viven en la dimensión cotidiana.

⁶ Duglas, Mary y Baron Isherwood, *El mundo de los bienes. Hacia una antropología del consumo*, Grijalbo, México, 1990.

⁷ Este es un aspecto central en el que Marx (1976) se detiene para hacer referencia a que el proceso de producción es un proceso de tra-

Pasemos ahora a hacer algunas observaciones sobre lo educativo. El grado de escolaridad en México es de 7.45. Como ocurre con el PIB, en donde entra desde el tercer hombre más rico del mundo (hecho en México) hasta el más pobre de los habitantes del país, de igual manera en la construcción de este indicador contribuyen los que tienen grado de doctores con los que recorrieron brevemente las aulas. Dicho de otra manera, se trata de un indicador que oculta las disparidades, pero a pesar de ello deja ver algo fundamental: que la escolaridad media en México se encuentra en segundo año de secundaria, en donde además de esta pobreza en los grados hay que agregar la pobreza escolar que se vierte en los salones de las escuelas mexicanas. Coincide este indicador con los procesos de deserción escolar. En la construcción del indicador los matices no tienen relieve. Por ejemplo, el agudo planteamiento de

Baudelot y Establet⁸ de la escuela dividida que divide, lo que se materializa además en procesos breves de permanencia escolar, que realmente no son fracasos para el sistema escolar pues forma parte de lo que entre líneas produce, o bien de los procesos de inculcación de la ideología burguesa a que se refieren los autores citados, así como Bowles y Gintis⁹, son llanamente eludidos en la construcción de este indicador intencionalmente cuantitativo. Por ello la insistencia de mirar esta historia de los vencidos.

Estrechamente vinculado a los procesos de deserción escolar se encuentra la problemática de la baja eficiencia terminal, que se aprecia claramente véase Cuadro 8.

Podemos concluir este apartado señalando que en el IDH se manejan los datos sin aludir a las condiciones sociales que producen ciertas condiciones sociales, que pueden ser mutiladas a la hora de construir datos particulares, lo que no

Cuadro 7								
Índice de deserción por entidad federativa y sexo según nivel educativo, 2000 y 2002								
Entidad federativa	2000 E/				2002 E/			
	Primaria	Secundaria	Profesional técnico	Bachillerato	Primaria	Secundaria	Profesional técnico	Bachillerato
Estados Unidos Mexicanos	1.8	7.9	24.9	17	1.5	6.9	23	15.1
Hombres	2	9.6	28	20.2	1.7	8.2	26.7	17.8
Mujeres	1.7	6.2	22.1	13.9	1.3	5.5	19.2	12.5

E/ Cifras estimadas.

Fuente: SEP, *Indicadores Educativos*. Subdirección de Análisis Estadístico y Presupuestal, 2000 y 2003, México.

Cuadro 8									
Porcentaje de eficiencia terminal por entidad federativa y sexo según nivel educativo, 2000 y 2002									
Entidad federativa	2000 E/				2002 E/				
	Sexo	Primaria	Secundaria	Profesional técnico	Bachillerato	Primaria	Secundaria	Profesional técnico	Bachillerato
México		86.5	76.1	43.7	58.9	88	78.8	50.5	61.6
Hombres		85.5	71.7	40.1	54.3	86.9	74.6	46.5	55.3
Mujeres		87.5	81	47.4	63.7	89.1	83.3	54.7	67.9

E/ Cifras estimadas.

Fuente: SEP, *Indicadores Educativos*. Subdirección de Análisis Estadístico y Presupuestal, 2000 y 2003, México.

bajo (de dominación) y un proceso de valorización (de explotación) al mismo tiempo, lo que permite hacer una lectura de la realidad en el que las disciplinas recorren sus fronteras. Otra implicación no sólo teórica es que justamente el espacio productivo es un espacio de control y lucha, poderosa reflexión que alude a la praxis, que coadyuva en la necesidad de atender la subjetividad, el papel de los sujetos en su propia transformación, influyendo en un abanico de estudiosos (Gramsci, Panzieri, Freire) que no se contentan con la contemplación del mundo y la contribución para aceitar las condiciones que hacen posible la reproducción de las condiciones sociales para la dominación.

implica necesariamente que los datos están mal, no porque lógicamente estén mal, sino que corresponden a posturas teóricas que deben ser indagadas y que ponen a la luz una

⁸ Baudelot, Christian y Roger Establet, *La escuela capitalista*, sXXI, México, 1975.

⁹ Bowles, Samuel y Herbert Gintis, *La instrucción escolar en la América capitalista. La reforma educativa y las contradicciones económicas*, sXXI, México, 1981.

parte de la realidad. Asimismo, un aspecto que resalta en los cuadros es la nueva forma de gravitación de la mujer en el mundo escolar; lo que augura una recomposición del mercado de trabajo, pero se trata de un aspecto que no ocupa lugar en la formulación del IDH. Por otra parte, se implanta en la escuela un aura que no tiene, mirándole como un espacio aséptico pero en el que “tras su aparente función educativa y técnica, aseguran la función esencial pero oculta de realizar en la escuela la ideología burguesa”¹⁰, dividiendo, construyendo historias largas o de corta duración escolar. No se aparta nada lo descrito del índice de escolaridad.

Si volviéramos al pretexto inicial con que abrimos estas páginas, la felicidad resultaría ser una categoría a decantarse, a operacionalizarse. De ahí que se impone una postura frente a los datos producidos de manera ajena, y los propios: “la etapa científica implica el haber reflexionado sobre las limitaciones teóricas, metodológicas y axiológicas de carácter estructural que privan en el hacer profesional”¹¹.

¿La vida no vale nada?

El suicidio es un problema social que ha generado múltiples reflexiones. Una reflexión pionera, que abrió un camino analítico que aún se recorre, es la formulada por É. Durkheim. Su tipología del suicidio –anómico, altruista y egoísta–, y la relación que establece con la cohesión social, puso el acento en un aspecto central: el suicidio no está aislado de lo social, por más que la navaja que troza las venas o el cable que aprieta el cuello deje sin vida a hombres y mujeres concretos, con nombre, apellido y sus historias, que encontraron en esa última solución una salida a su sufrimiento. La psicología, por su parte, ha constituido al suicidio en un problema propio, en ocasiones con un dejo patrimonialista. No vamos a detenernos en esto último, pues en el conjunto de las disciplinas que le abordan sobresale un filón de problema psicosocial poco atendido. No es extraño que esto ocurra, si se considera que los celos, el abandono, la envidia, la soledad, el sufrimiento, la exclusión (en gran medida materia prima del suicidio), han sido “dimensiones olvidadas”¹².

Nuestro objetivo es mirar al suicidio a partir de la información que se produce sobre él, sin introducirnos en la

amplia discusión teórica que se ha producido en esta materia en los últimos años. Nos referimos específicamente a la información oficial existente en México sobre el suicidio, y los instrumentos que la generan (el INEGI, el instrumento construido por esta institución con formato de cuestionario que se aplica por el Ministerio Público para recabar los datos y la información que se sistematiza en los denominados “Registros administrativos”).

En la experiencia mexicana encontramos aspectos que vale poner de relieve. En lo que hace a los medios, la mujer se suicida más con pastillas y en segundo lugar con veneno; por su parte, los hombres recurren más al estrangulamiento y en segundo lugar al arma blanca. Otra distinción por género es que la mujer se intenta suicidar más que el hombre –de acuerdo a datos del 2003 (124 mujeres frente a 98 hombres, 58.49% y 46.23%, respectivamente), pero el hombre al final es el que se suicida más (2771 suicidios de hombres, 556 de mujeres, que en porcentajes se manifiesta en 83.29% y 16.71%, respectivamente). Se trata de información muy importante, como importante es saber que las mujeres se suicidan más en la franja de edad que va de los 15 a los 19 años (23.9%), mientras que en este grupo de edad en el caso de los hombres el porcentaje llega al 10.5. Por su parte, en los hombres en la franja de 20 a 24 años se suicidan más, aunque la mayor distinción se encuentra en los hombres de 60 años y más, al llegar al 11%, en tanto las mujeres en el mismo grupo de edad alcanza al 4.3%. En relación con la actividad y el suicidio, los campesinos (24.4 %) y los trabajadores y artesanos (con el mismo porcentaje), en el caso de los hombres, son los que más se suicidan; en tanto que las mujeres que laboran en actividades domésticas son las que más se suicidan. No se dice nada de las dimensiones del trabajo, aun cuando en el último tiempo en los estudios laborales se ha demostrado fehacientemente que el accidente, construyendo una metáfora con el suicidio, no es el producto de la acción insegura, argumento dominante en los libros de administración, sino una construcción social por los atributos de un trabajo monótono, rutinario, que se realiza con herramientas en mal estado y con personal sin calificación o con nula o débil capacitación; una actividad laboral encapsulada en jornadas extensas y agotadoras o intensas por manifestarse en jornadas de trabajo de menos horas pero productoras de fatiga laboral, donde puede estar presente el trabajo a destajo o que maneja sustancias peligrosas. Mirado desde este ángulo el problema, el accidente no es el producto individual de una acción insegura del trabajador sino un constructo so-

¹⁰ Baudelot y Establet, *Op. cit.*, p. 243.

¹¹ Lima, Boris, *Contribución a la epistemología del trabajo social*, Hymánitas, Buenos Aires, 1984, p. 78.

¹² Véanse los trabajos comentados y agrupados por Chanlat, François (dir.), *L'individu dans l'organisation, les dimensions oubliées*, Les presses de l'université Laval, Eska, París, 1998.

cial¹³. Si llevamos nuestro razonamiento al ámbito del suicidio, nos encontramos con un campo social también cultivado, pero que en las evidencias empíricas que entrega el INEGI no se aprecian. Lo mismo ocurre cuando los datos apuntan que el lugar preferido para el suicida es la casa (ese lugar que en los estereotipos dominantes es lugar de protección, pero que en una lectura compleja podemos señalar como espacio en el que coexisten la protección y el sufrimiento¹⁴).

Hasta aquí llegan los datos y se abren los horizontes de especulación: ¿pérdida de sentido de propósito; relación con el fracaso de ilusiones o la erosión de condiciones sociales legítimas (pérdida del papel de proveedor principal); afectación en la sexualidad? Se trata de algunos interrogantes, entre muchos, que no pueden resolverse con los datos producidos. Parte del

problema está en la forma en que se aprehende la realidad. En una rendija analítica, el *Glosario* que se encuadra líneas abajo nos deja ver una lectura aséptica de la forma en que se concibe la realidad social. Sin embargo, antes de atender al *Glosario*, pongamos nuestra mirada en otro aspecto metodológico en el que se dibuja un trayecto de lo abstracto a lo concreto.

La otra parte del cuadro que aquí no se expone alude a la escolaridad, a la religiosidad, la actividad laboral, es decir a la batería de preguntas para obtener los datos generales del suicida. Si nos enfocamos solamente en los causales del suicidio, lo que encontramos es que el punto final que pone el INEGI debería ser realmente el punto de inicio de la exploración, dado que las causas se enuncian pero no se aclaran ni se estudian. Dicho de manera tajante, en el campo de la salud pública una información que se queda en un plano tan general está

Tema	Categoría	Variable	Clasificación en instrumento de captación
Características de los intentos de suicidio y suicidios	Intentos de suicidio y suicidios	Tipo de acto	1. Intento de suicidio 2. Suicidio
		Fecha de ocurrencia	Abierto a mes y año
		Sitio donde se efectuó el acto	1. Casa habitación 2. Hotel o casa de huéspedes 3. Vía pública 4. Edificio público 5. Cantina o cabaret 6. Restaurante o café 7. Hospital, sanatorio o consultorio 8. Fábrica o taller 9. Campo 10. Cárcel 11. Otro lugar 12. Se ignora
		Medio empleado	1. Arma de fuego 2. Arma blanca 3. Estrangulación o ahorcamiento 4. Machacamiento 5. Precipitación 6. Veneno tomado 7. Gas venenoso 8. Quemaduras 9. Sumersión 10. Intoxicación por medicamentos 11. Otro medio 12. Se ignora
		Causas	1. Amorosa 2. Dificultad económica 3. Disgusto familiar 4. Enfermedad grave o incurable 5. Enfermedad mental 6. Remordimiento 7. Otra causa 8. Se ignora

¹³ Véase, en general, el trabajo de Laurell, "Reestructuración productiva y salud obrera" en *El Cotidiano*, núm. 20, UAM-A, México, 1987, pp. 386-389.

¹⁴ Dejours, Christophe, "Nouvea regard sur la souffrance humaine dans les organisations, en Jean François Chanlat, *Op. cit.*

destinada a llenar formatos estadísticos pero no a prevenir ni atender el problema, al no haber una vinculación del dato con una acción posible. Si miramos ahora parte del *Glosario* que se

ha seleccionado se aclara más la insuficiente capacidad explicativa del problema social que estamos atendiendo.

ducto de una transfusión sanguínea que por contagio sexual; y dentro de este último, no es lo mismo haber contraído

Glosario	
Concepto	Definición
Campo	Espacio de tierra extenso, ubicado fuera de poblado.
Casa habitación	Espacio delimitado normalmente por paredes y techos de cualquier material, que se utiliza para vivir, es decir, dormir, preparar alimentos y protegerse del medio ambiente.
Causa amorosa	Sentimiento afectivo hacia otra persona que influye en el ánimo del suicida.
Causa que motivó el acto	Fundamento que de acuerdo a los indicios y/o testimonios reunidos ocasionó la realización del acto suicida.
Dificultad económica	Situación que hace imposible la satisfacción de las necesidades materiales que para ser cubiertas requieren de realizar gastos.
Disgusto familiar	Desazón o molestia experimentada con relación a personas ligadas al suicida por parentesco o relación consanguínea.
Enfermedad grave e incurable	Alteración del equilibrio funcional, orgánico del suicida, peligrosa o importante y que le impide sanar.
Enfermedad mental	Alteración del equilibrio psíquico del suicida.
Fábrica o taller	Establecimiento destinado a producir, preparar, elaborar, reparar o maquilar una obra por medios mecánicos o manuales.
Ocupación	Tipo de trabajo, empleo, puesto u oficio principal que el suicida o quienes den testimonio, declarare (n) que el suicida realizaba en su trabajo.
Remordimiento	Sentimiento de pesar ocasionado por determinada acción u omisión del suicida.

Podemos formular una crítica teórica a los causales apuntados por el INEGI. De entrada, la “causa amorosa” es multívoca. En el concepto caben las relaciones heterosexuales, las homosexuales, las de generaciones distanciadas por los años (no es un argumento menor, si recordamos lo señalado por G. Debord¹⁵ de que “los hijos se parecen más a su tiempo que a sus padres”), la traición, la indiferencia, la infidelidad. Si el suicida despliega una acción individual, producto de las marcas sociales, éstas son desdibujadas por el INEGI. La labor del investigador es atender las huellas, los mojonos, los símbolos, que en este caso no son tarea para el INEGI, y sin pretenderlo pareciera que es lo contrario, el borrar la evidencia como asignatura. Lo mismo ocurre con la dificultad económica: reconociendo que no es lo mismo ser patrón que obrero, pues el primero tiene la facultad de contratar y despedir, mientras el segundo tiene el poder de renunciar¹⁶. En otros términos, para un patrón la acción de cerrar la fábrica puede ser el producto de la dificultad de reproducir las condiciones de reproducción del capital, mientras que para un obrero puede significar, p.ej. la erosión de su papel como proveedor principal, como se apuntó líneas arriba. El “disgusto familiar” puede tener como base el que no se hacen los deberes escolares, o la construcción del orden y la obediencia dentro del hogar no encuadra con los valores de los actores domésticos o se perdió la virginidad o..., en fin, un abanico amplio y complejo. En lo que hace a la “enfermedad grave e incurable”, hasta ahora no es lo mismo socialmente tener un cáncer terminal que estar infectado de SIDA. Incluso en esto último, no es lo mismo estar infectado pro-

ducto de una transfusión sanguínea que por contagio sexual; y dentro de este último, no es lo mismo haber contraído SIDA por prácticas homosexuales que en una relación heterosexual. La construcción del estigma¹⁷ en los diferentes casos marca a los sujetos, construyendo contextos sociales distintos, pero que son nominados de manera uniforme. Estos detalles no pequeños son soslayados en la producción estadística del INEGI. De esta manera, el cuadro planteado líneas arriba debería agregar, valga como ejemplo, una columna más:

Indicadores	Índice
2. Dificultades económicas	2.1 Por bajos salarios 2.2 Por reestructuración de la empresa 2.3 Por despido 2.4 Por quiebra de la empresa 2.5. Por accidente laboral, etc.

Entremos en la fase final de este apartado a tratar de entender a qué obedece esta situación, lo que implica que no se considera que este tratamiento residual de las causas concretas que producen los suicidios sea producto de un descuido por parte del INEGI. Tomando distancia de esta visión, el soporte teórico en que se apoya la metodología del INEGI nos deja ver un planteamiento teórico en el que se enfatiza lo individualista, lo ahistórico y lo asocial. La misma formulación teórica inhibe cualquier posibilidad de intervención, dada la inexistencia de un nexo entre lo teórico y lo práctico. Así, la presentación de los datos del INEGI, si bien presentan un cuadro amplio del problema al mismo tiempo no abren posibilidades para su atención concreta, para la intervención del estudioso social o del psicólogo o trabajador social en una realidad que se construye, frente a los

¹⁵ Debord, Guy, *La sociedad del espectáculo*, Castellote, España, 1976.

¹⁶ Véanse Estrada, Margarita, *Después del despido: desocupación y familia obrera*, CIESAS, México, 1996 y Bowles y Gintis, *Op. cit.*

¹⁷ Goffman, Erwing, *Les rites d'interaction*, Editions de Minuit, Paris, 1974.

datos del INEGI que se presentan como lo dado. Entre cada una de las causas se aprecia, asimismo, la fragmentación, como si se tratara de universos aislados —cuánta falta hace recordar a M. Weber (1987), cuando señalaba acerca de los tipos puros de dominación (tipos ideales), que éstos no existen en la realidad, que se presentaban en la realidad mezclados. La cuestión, pues, no es solamente de indicadores que coadyuvan en la reproducción de las condiciones teóricas que hacen posible la reproducción de formas de entender y conceptuar la realidad social, sino también de indicadores aislados sin relación entre sí. Otro aspecto que trasluce la metodología del INEGI es la inexistencia del conflicto, así como el ocultamiento de las diferencias por clases sociales y género. La metodología del INEGI no ignora lo señalado por descuido sino por la formulación teórica en que se apoya. Detrás de cada cuadro y tabulado está presente una postura teórica. De ahí que lo que se lee y ve no son solamente cuadros y gráficas sino posturas teóricas y concepciones del mundo —intereses incluidos¹⁸. Como partimos de la premisa de que no se trata de accidentes en los procesos de investigación y de exposición ni de hechos aislados de la historia, se trata entonces de productos teórico-metodológicos que inculcan y generan formas de encauzar la lectura teórica y la práctica sobre la realidad. Esto obliga, por un lado, a una crítica epistemológica a las formulaciones del productor oficial de información, y por otro lado, a la necesidad de construir un andamiaje teórico que forme parte de la mirada crítica de los estudiantes a la hora de toparse con bancos de datos e información en general. Como señalaba B. Lima¹⁹, por la presión del positivismo (su influencia) se han aceptado pasiva y acríticamente las teorías que alimentan al Trabajo Social, aunque los alcances del positivismo desbordan las fronteras del reticulado disciplinario. Aquí se encuentra la pertinencia de la epistemología, en lo que se refiere a la crítica de los cuerpos teóricos de los que abrevan las ciencias sociales, reconociendo que “lo dado” se produce en una condición histórica y con fines específicos para sociedades específicas²⁰.

Conclusiones

Trazamos líneas de reflexión para cuestionar y tomar distancia de “una epistemología implícita de tipo positivista”²¹,

¹⁸ Giramsci, Antonio, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Juan Pablos editor, México, 1975.

¹⁹ Lima, Boris, *Op. cit.*

²⁰ Parafraseando a Mannheim, *cfr.*, De Ibarola, María, *las dimensiones sociales de la educación*, El Caballito, 1985.

²¹ Bordieu, Pierre, *Capital cultural, escuela y espacio social*, sXXI, México, 1998, p. 42.

por ejemplo manifiesta en los planteos de Lazarsfeld²² y que se reproducen de manera ejemplar en las metodologías que produjeron al IDH y las desarrolladas por el INEGI: “En el diseño y conceptualización de todos estos métodos, se observa una ausencia absoluta de la filosofía como ciencia del pensamiento que proporciona las categorías y la estructura lógica para el arribo científico al conocimiento. También acá encontramos la huella del positivismo que la ha diluido en las ciencias sociales particulares”²³.

En los dos ejemplos que abordamos subyacen hipótesis subordinadas al método hipotético deductivo²⁴. Podemos hacer una consideración: “El estudio de la realidad, a partir de modelos cerrados y apriorísticos, no sólo impide el conocimiento de lo específico-concreto, sino que supone, en forma subyacente, la correspondencia del modelo con la realidad”²⁵, lo que significa que en “la experiencia cotidiana, como en muchos trabajos de ciencias sociales, están comprometidos tácitamente instrumentos de conocimiento no pensados que sirven para construir el objeto, cuando deberían ser tomados como objeto”²⁶. Así, si “no se puede disociar la construcción del objeto de los instrumentos de construcción del objeto”²⁷, en el caso específico de la construcción de datos sobre la realidad social se condensa en ellos la disputa hegemónica por nominar las cosas, porque se acepten las clasificaciones que desde la arbitrariedad cultural pretenden imponerse. Con las precauciones que tomamos en cuanto a la necesidad de tomar distancia de los planteos hipotético-deductivos, aún así trazamos un mapa que va de los conceptos a los índices, en aras de darle orientación a lo planteado en los dos ejemplos abordados, yendo a un plano más de la concreción (nos apoyamos en los esquemas que sugieren Lazarsfeld²⁸ Padua²⁹ y Ortega Olivares. Se trata de una tarea que exige una dimensión teórica —de crítica a los indicadores dados y a las formas dominantes de pensar la realidad, así como de una práctica que también sea creadora de conocimiento.

²² Lazarsfeld, Paul, “De los conceptos a los índices empíricos” en Raymond Boudon y Paul Lazarsfeld, *Metodología de las ciencias sociales*, Laia, Barcelona, 1974.

²³ Lima, Boris, *Op. cit.*, p. 92.

²⁴ Véase Padua, Jorge, *Técnicas aplicadas a las ciencias sociales*, El Colegio de México, México, 2001 y Zemelman, Hugo, *Crítica epistemológica de los indicadores*, jornadas 114, El Colegio de México, México, 1989.

²⁵ Zemelman, *Ibid.*, p. 37.

²⁶ Bordieu, *Op. cit.*, p. 44.

²⁷ *Ibid.*, p. 55.

²⁸ Lazarsfeld, Paul, *Op. cit.*

²⁹ Padua, Jorge, *Op. cit.*